
Un Velatorio

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8518

Título: Un Velatorio

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de febrero de 2025

Fecha de modificación: 24 de febrero de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Velatorio

Bentos había terminado la jornada. Tomaba unos mates, tranquilo, sentado sobre un tronco cuando llegó la policía. Venía a mata caballo con el aviso del comisario. Mandaba decir éste que fuera al pueblo enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó Bentos.

—Parece que un hijo suyo "es" muerto.

Bentos ensilló en seguida y partió.

* * *

Cuatro leguas lo separan del pueblo. A veces pone el caballo al trote para pensar mejor. O al paso. Arma un cigarro.

—...Vaya a saber cuál es el muertito. A lo mejor Justino, el mayor, un muchachito que va a ser flor de hombre. Es un gurí que si llora por algo es porque él no lo lleva al monte.

Tiene una escalera de hijos, Bentos. Una escalera a la que le faltan algunos escalones. Porque es raro el año que él no cristiane un hijo y entierre otro. El pueblo es un pueblo muy castigado por los andancios. Nada más. Trabaja en el monte, de carbonero. Corta leña, la para. Embarra el horno. Quema.

Vende cuando comienza el otoño. Entonces ya no va más al monte. Hasta la primavera se lo pasa "en las casas", haciéndole el gusto al cuerpo. Duerme en cama, truquea en el boliche. Tres meses lindos se pasa Bentos así.

Cuando se va no vuelve hasta el final del verano. A menos que lo vayan a buscar por alguna desgracia. Por nacimientos,

gracias a Dios, no lo molesta la patrona.

* * *

Trote y galope. Paso y cigarro. Cuando quiere acordar está en la boca del pueblo. Son dos hileras de ranchos que tropezando y levantándose bordean el callejón con colchón de polvo bayo.

Un tajo de luz, una luz bárbara de fuerte, se tiene en la calleja, mordiendo la tierra, revelando el yuyal y el hormiguelo de perros y mujeres.

Sale del rancho de Bentos la luz.

Bentos paró el caballo y sintió entonces un ronquido parejo y seguro, de motor, que vencía la noche sin ruidos.

—¡Güe! ¿Y esto?...

Y se fue acercando despacio.

* * *

La luz empujaba con rabia las paredes de adobe y el techo desaparejo. Se metía en las grietas revelándolas en la noche y parecía que iba a terminar por voltear el rancho como una fuerza empujando de adentro a afuera.

* * *

No era el gurí el muerto. Era la mujercita, "la dada". Se la había "cedido" a un hombre rico del pueblo, hacía ya cuatro años. Ahora estaba allí muerta.

Estaba allí, como una muñeca en su caja. Vestida de blanco entre las velas de vidrio, extendida y larga —"de esas largueces apuradas del desarrollo"— entre los hermanos sucios, medio desnudos, pura barriga sobre piernas de palito.

La luz había cambiado la niña, que no parecía hija de él y de

Juana, sino una figura de iglesia, pero acostada.

Juana estaba en el rincón bloqueada por las vecinas asombradas.

La luz las empujaba a todas contra la pared y les hacía bajar la vista reclinándoles la cabeza sobre el pecho. Hombres y muchachos entraban y salían. La muerta entre las velas de vidrio y el motor que jadeaba sobre el automóvil les llevaba y traía.

Luz de aquella clase y muertas tan bien vestidas, no se habían visto nunca en el pueblo.

El hombre —el señor que llevó y trajo la niña— se iba ahora.

Bentos estaba agradecido por todo. Por lo que había hecho por la muerta. Por las golosinas que le trajo a los hermanos. Por lo que le dió a él "para gastos del velorio".

Estaba agradecido por todo Bentos. Se lo dijo y agregó:

—Usté le dice a su patrona que si quiere otra, venga y elija nomas... ¿Oyó? Le dice así nomás.

* * *

El sol disolvió la gente medio borracha de caña. El del automóvil con el motor se fué. Los hermanos habían llenado bien la barriga, y estaban durmiendo por allí, tirados a lo perro.

* * *

Bentos estaba ahora tranquilo; solo con la mujer, tomando mate, considerando aquello tan raro que había pasado allí, en la noche. Aparte de aquella luz, que era una cosa bárbara, con la muerta habían venido cosas de confitería que eran hasta demás... Y después, cuando él mandó buscar caña para los amigos y "siropes" para las mujeres. Y los capones

asados. Todo.

* * *

Fué a media mañana que decidieron "sacar" el cuerpo. Bentos propuso:

—¿Qué le parece si la llevamos?

—Bueno.

Esperaba Bentos que ella trajera la taba del cajón. Pero no. Lo que hizo ella fué ir hasta la puerta y asegurarla. Al ponerse frente a él, preguntó:

—¿Y la vamos a enterrar con esta ropa?

Bentos calló un segundo. Tal vez pensó en los hijos desnudos, en la ropa tan linda comida por los gusanos. Respondió tranquilo:

—Desvestila si querés.

Hizo espalda con la puerta. Cuando ella terminó clavó el cajón. Después se fueron por la calle sola, vaciada de hombres, llevando entre los dos la caja liviana, rumbo al camposanto.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.